

**Presentación del libro de Víctor Urrutia,
“Memoria del silencios”
(ed. Vitrubio, 2018)**

(Bidebarrieta, 11 de Diciembre de 2018)

1. Cuando ya todos sabíamos que Víctor luchaba contra el tiempo, quiso emplear algunas de sus ultimas tardes dándonos su relato de vida. Quizás era la postrer ofrenda de quien había dado tanto por los demás.

Josune, su hija, y yo, le hicimos una serie de entrevistas, no muy largas, porque ya estaba muy cansado, siguiendo un tiempo que el ordenó cronológicamente, acaso para dotar de sentido a la vida a través de su memoria. Y así, comenzamos por los recuerdos sobre su infancia, su juventud en Pamplona, sus primeras acciones políticas cuando trabajaba en un banco, su afición por el montañismo, el despertar a las chicas y al amor, el redescubrimiento de su fe cristiana al calor del Concilio Vaticano II, su militancia en la clandestinidad en el Bilbao de los años 70. Las detenciones. Las torturas. La sociología como vocación profesional y política. Su estancia en Nueva York. Y ya, cuando llegamos a los años ochenta, hubo un día que Josune se dio cuenta que quedaba poco tiempo y le propuso dar un salto en su vida para hablar sobre “los años de plomo”, sobre su experiencia como persona amenazada por ETA a lo largo de 11 años. Pero para nuestra sorpresa no quiso. Decidió no hablar de ello. Decidió hablar de Loli, del amor, de sus hijos.

Las dos nos preguntamos por qué Víctor no quiso dejar a las siguientes generaciones una narración sobre todo el sufrimiento padecido; sobre un dolor que ya parecía totalmente gratuito, tanto para Víctor como para los victimarios, dado que habían sido derrotados. ¿Por qué un hombre tan vitalmente político, parecía renunciar a explicar un tiempo de oscuridad en el que la banalidad del mal, tomando la expresión de Hannah Arendt, el vaciamiento moral de la muerte, se había apoderado de una parte importante de la sociedad vasca?

2. Leyendo este libro de poemas he creído encontrar alguna posible respuesta a esta pregunta. He vuelto a constatar algo que la experiencia sólo puede ser transmitida con un lenguaje literario, un pensamiento sintiente en el que la subjetividad desborde toda forma de pensar analítica e intelectual.

Víctor había comprendido que aquello que le sucedió sólo se puede comunicar a través de un lenguaje literario, en este caso, a través de la palabra poética. Es la forma que utilizó para expresar una experiencia que nubla su vida en estos años. La experiencia de un enorme extrañamiento. Una sensación de enajenación, de alejamiento de si mismo. La percepción de que tu entorno, los que consideras como lo tuyos, te miran como si fueras un extraño, para algunos, incluso, como un peligro. Es la perplejidad de quien se siente expulsado de la comunidad. Una especie de muerte en vida, como dice en sus poemas.

3. Sabemos que Víctor padeció las dos dictaduras, a las que alude en sus poemas. La del franquismo y la de ETA. Así lo expresa en su poema *Claves muy personales*.

“Cambié un nombre por otro,
una guerra por otra.
Siempre había patriotas al otro bando”

Sin embargo, aun y cuando tuvo que pasar por el trance de la tortura bajo el régimen franquista, en ningún momento reclamó para sí la condición de víctima. Porque, como reconocía en sus tertulias y entrevistas, la lucha por la libertad había tenido sentido. Al fin al cabo, se construyó por la generosidad anónima de muchas personas; por eso podía encajar la persecución del régimen. En las entrevistas firmaba así: “podía encajar el dolor que supuso la tortura”¹. Sabía los riesgos que corría.

No consiguió, sin embargo, dar sentido, a la persecución sin sentido de la violencia terrorista.

Lo expresa en una bella pregunta.

“¿Pero y yo? ¿Acaso yo no era un patriota?
¿Acaso la humanidad no es una patria?”.
(*Claves personales*)

4. Un año antes de que escribiera una parte de *Memoria de silencios*, en 2016, Víctor afirmaba: “Estoy tratando de poner una cierta distancia sobre estas cuestiones para que los golpes que soporté en el pasado no incrementen, con otros nuevos, mi malestar”². Era como si al acabar ya todo, para vivir hubiera que olvidar.

Es el mismo dilema que tuvo Jorge Semprún, cuando salió del campo de concentración de Buchenwald. No pudo escribir nada de lo ocurrido en el lager, porque la escritura le arrojaba de nuevo a la muerte de donde salía. Hubo que esperar 45 años hasta su novela “La escritura o la vida” para describir de forma literaria la experiencia del MAL, una experiencia que le supuso, como dice muy bellamente, “transitar a través de la muerte, recorrerla de punta a punta”, un recorrido entre la miseria y la grandeza humana³.

5. Es interesante subrayar cómo Víctor, igual que Semprún y que otras personas que han vivido acontecimientos indecibles, que no los pueden ni contar porque nadie se los creería, que desbordan cualquier sentido común compartido, sabían que las formas de conocimiento de carácter racional o, si se quiere, intelectual, no son suficientes para explicar el sufrimiento y la muerte; el Mal con mayúsculas y el significado del mismo.

¹ Entrevista de M. A. Navarro, “Experiencia personal sobre la violencia”, 27 de abril 2016, p.2.

² *Ibidem*, p. 6.

³ Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, p.

¿Por qué es así?

Porque al introducir el dolor humano en la lógica de la razón histórica, dentro de un mundo de relaciones causales, lo convertimos en un hecho histórico más en el devenir del tiempo, como algo inevitable e incluso para algunos, necesario. Es este el enorme desafío que vivimos los vascos en el tiempo postETA.

Si no queremos que se repita la barbarie, no se trata de buscar las razones de la violencia en los tiempos del franquismo, ni las causas del odio en una sociedad democrática, ni las formas de conflicto, por enunciar algunos de los problemas. No es suficiente con contar los atentados, los exiliados, y los secuestros. Ni que busquemos marcos teóricos aplicando las leyes sociales a la explicación del terrorismo.

Cuando el sufrimiento de las víctimas se convierte en un objeto de estudio, nos enajenamos del mismo, tomamos distancia, convirtiéndolo en un hecho más a integrar en todo un cuadro de factores sociales. Cuando los hechos se incorporan de forma racional a un devenir histórico, encuadrándolos en un todo, en una historia que sobre todo mira al futuro, entonces se despoja de la experiencia al mismo sufrimiento, y del mal. Renunciar a la experiencia es renunciar a los dolientes del pasado. Renunciamos a la única forma de relación con el mundo que nos da sentido y que genera una forma de conciencia social, que es una relación de tipo emocional.

Este es el gran error que han cometido quienes han diseñado el programa de las guías didácticas para nuestros hijos en los colegios vascos. Quizá sin darse cuenta. Cualquier aproximación a lo sucedido a través de un conocimiento de tipo analítico, podrá razonar, pero vacía de contenido la experiencia de lo sucedido.

Es lo que Walter Benjamin denominaría como un tiempo vacío.

Y, para eso, como diría Semprún, es mejor no hablar.

¿Cómo explicar lo que ni siquiera podíamos llegar a pensar, lo indecible? ¿Cómo hacer inteligible el mal y no vaciarlo de la experiencia que contiene o de sentido? Ese es el desafío.

¿Y como se hace eso?

6. Víctor ha dado una respuesta a este desafío en este poemario. "Memoria de silencios". Su experiencia nos cuestiona la cultura hegemónica del olvido y, por eso, nos humaniza.

De nuevo la memoria, pensaréis. Es como un estribillo que también se va desgastando. Empieza a vaciarse de sentido. Todo el mundo repite lo mismo: la memoria consiste en recordar para que no se repita la barbarie. Reyes Mate en su último libro, *El Tiempo, tribunal de la historia* se hace eco de esto. Puntualiza bien. El deber de memoria no es sólo un acto de carácter histórico, como si por el hecho de recordar lo pasado evitáramos que aconteciera de nuevo el mal. No. Asumiendo

el nuevo imperativo categórico de Adorno, el deber de la memoria tiene un carácter ético. De la memoria emana la autoridad moral que tiene el pasado para marcar un tiempo nuevo y diferente al anterior. La memoria nos afecta de tal forma, nos altera corporalmente de tal modo, que nos obliga a pensarnos a nosotros mismos de nuevo, a reorientar el pensamiento y la acción para que la barbarie no se repita. Recordar es re-pensar⁴.

Víctor decide re-pensar el dolor haciendo memoria a través de la verdad poética, otra forma de percepción y de conocimiento de lo real. El lenguaje metafórico nos invita a desbordar todo lo que hasta ahora ha sido ya pensado. La disonancia, que diría Adorno. Es la poesía, una subjetividad sintiente, la que posibilita pensar desde el afuera, haciendo un pliegue, fomentando la capacidad de asombro. Y, sobre todo, la empatía entre quien lee o escucha y quien escribe. Salir de nuestros marcos de interpretación y fundirnos en la verdad del otro.

La verdad poética de *Memorias de silencio* crea un registro nuevo. Nos permite imaginar lo nuevo. Algo que la simple descripción de lo sucedido no consigue. Creando una sensibilidad que así, compartida, radicaliza nuestros sentimientos. Por eso la poesía tiene una dimensión profundamente política, aunque no lo pretenda. Por eso, leer hoy, aquí y ahora, juntos este poemario es un acto algo subversivo y trasgresor.

El poemario que nos brida Víctor navega entre los recuerdos, de forma desordenada, sin un sentido o hilo temporal lineal claro. Porque es así como opera la memoria. No son recuerdos buscados con una finalidad autobiográfica. No. Por que no pretende reconstruir un tiempo cronológico. Daros cuenta que los recuerdos nos vienen, nos asaltan, tienen vida propia. Son por ello, disruptivos. Desordenan nuestra coherencia, la individual y la colectiva; cercenan esa seguridad que aporta la comprensión y el conocimiento de las cosas.

El poemario no es el testimonio del testigo que reconstruye los hechos y los recuerda, como para liberarse de los mismos. No. Tampoco es eso.

Cada poema es un instante, un olvido que nos vuelve. Un tiempo nuevo. Silencios que se agolpan, que brotan a través de imágenes. Como si irrumpieran de repente, sin buscarlos, no sabemos muy bien por qué. Pero si sabemos por qué. Son sucesos que se han quedado grabados en el cuerpo. Un amigo, Néstor. Una historia, la de Leonor. Un gesto, el lazo azul. El silencio. Las patrias y sus traidores. El zulo. Los amigos. El odio. Las naranjas debajo del coche. Y, de nuevo, el silencio.

Permitidme leer un poema que considero central es este mosaico. Se titula *Silencio (2)*.

Silencio sobre silencio.

Silencio sobre un mar sin horizonte,
sin aguas claras.

⁴ Reyes Mate, *El tiempo. Tribunal de la historia*, ed. Trotta. Madrid, 2018, p. 14.

Silencio de fondos negros
y corales enfangados.

Silencio sobre silencio.

Silencio que lo calla todo:
amistades, conciencias,
ciudades, miradas.

Silencio sobre silencio.

Silencio que va poniendo
indiferencia, vacío.

Silencio que lo apaga todo,
veneno que apaga el alma.

Silencio sobre silencio:
En el lecho, en la fuente,
en el amor,
en la montaña.

Silencio espeso y oscuro.

Silencio de noche y alba

No dejaré que me venza,
no dejaré que me calle
ese pertinaz silencio.

Cada historia recrea el espacio, el de la ciudad, que cobra un sentido nuevo. Es como si cada esquina, cada rincón del paisaje urbano, la plaza de Santiago, el Puppy o la calle Autonomía, cobrara un sentido diferente; como si al tocarla con sus palabras los olvidos dejaran de serlo, cargando de significado, de recuerdo y de nuevo, el silencio.

Se expresa de este modo, una memoria, espacializada, en el poema *José María Aguirre*.

Aquí, justo aquí,
donde los turistas se hacen fotos
fue asesinado
un hombre.

El Puppy mira de reojo
hacia el punto exacto.

De aquello nada queda.
Hoy, aquí, sólo disparan

las máquinas de fotos.

Sin embargo, hace no tanto,
patrióticos pistoleros
mataron a un servidor público.

Fue aquí,
justo aquí,
donde ahora se cruzan
saludos, risas
y palabras amables.

Bien está.
¿Por qué no iba a estar bien?

Como también lo está
Recordar a ese muerto,
uno entre tantos,

el dolor de los suyos,
su dignidad,
su desgracia.

A Víctor le dio tiempo a ver el final del calvario. Sin resentimiento. Respirando de nuevo la vida. Nunca ha sentido odio ni ha tenido miedo.

”No he logrado entenderlo.
Me consuela saber que ellos tampoco”.
(Claves Personales)

Una ya no es la misma tras la lectura de sus historias.

Cada poesía es una historia desnuda, que resuena como un fuerte golpe, como un martillo que repica. Cada poema es como una piedra que al tirar al agua produce ondas expansivas. Cada uno de estos poema habla de la singularidad de su experiencia, que al ser tan suya, a veces nos puede resultar incomprensible, pero nos altera, y desde luego no nos deja inmunes. Porque como dice en su poema *Los traidores*:

“Vivir es un oficio impuro
triste a ratos.

Vivir no es para cobardes,
obliga a mucho”

7. Vamos a leer algunos de sus poemas de forma coral. Voy a dejar de lado la exégesis, por que lo más importante es la lectura y nuestra apropiación de la poesía. Aquí radica el poder político de la poesía, en la capacidad de afección a la

comunidad a la que se dirige. El poder que tiene sobre nuestra imaginación y sobre nuestra fantasía.

Este es un libro con el que Víctor hará nuevos amigos, entre aquellos lectores de otros lugares y también de otros tiempos, que no le conocieron. Por el subjetivismo con el que está escrito, y por la fuerza política que adquiere la intimidad desgarradora de la poesía.

Dejemos llevar por este poemario; que avive entre nosotros el deseo de vivir y que fomente nuestra capacidad de asombro.

Y al hacerlo quiero evocar aquel 15 de noviembre del año pasado, cuando muchos de nosotros, familiares y amigos de Víctor nos reunimos para despedirle. Quienes formamos esa "comunidad de amigos de Víctor", estábamos profundamente abatidos por la pérdida de su vida. Y, sin embargo, nos dimos cuenta, después de un rato juntos, que el sepulcro estaba vacío, que su cuerpo ya no estaba allí y que Víctor no habitaba entre los muertos sino que volvía de otra manera, entre los vivos. Hoy Víctor vuelve a nosotros, a través de su *Memoria de silencios*, y con ella, rescatamos la memoria de muchos amigos, conocidos y cercanos que han compartido la misma experiencia de silencio y muerte en vida y, también, de esperanza.

Mercedes Arbaiza
Bilbao, 11 de Diciembre del 2018.